

Del islam, el choque de civilizaciones y el 11 de septiembre

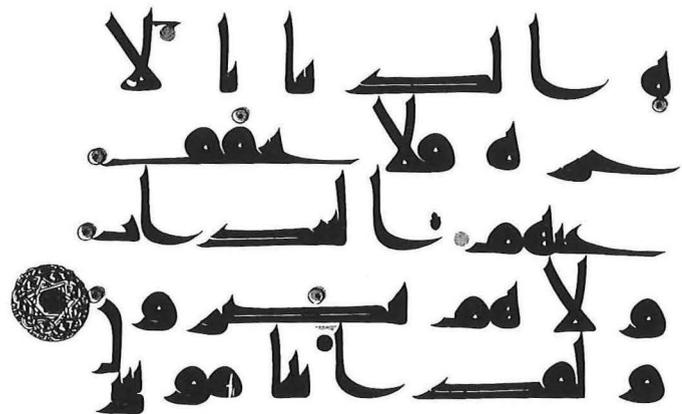
Antoni Segura

Antoni Segura i Mas.
Catedrático de Historia
Contemporánea y Vicedirector
del Centre d'Estudis Històrics
Internacionals de la Universitat
de Barcelona. Autor de
Más allá del islam (Madrid,
Alianza, 2001).

A raíz de los brutales atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, la opinión pública se ha hecho un sin fin de preguntas sobre el islam, sobre la relación entre religión y violencia, sobre el reto que supone un nuevo terrorismo internacional basado en acciones suicidas altamente mortíferas, sobre qué hay que hacer a partir de ahora y cómo hacer frente a este nuevo desafío y todo lo que significa. Brevemente, intentaremos tratar en las páginas que siguen algunos aspectos relacionados con todas estas cuestiones.

Como consideración previa hay que insistir, una vez más, en que la barbarie no se puede justificar, nunca ni en ninguna circunstancia, ni por motivos ideológicos, ni políticos, ni religiosos ①. Sólo las ideologías totalitarias y los fanáticos creen que el fin justifica los medios y en el camino por conseguirlo son capaces de dejar miles o millones de víctimas, ya sea en la Alemania de Hitler o en la Camboya de Pol Pot. El 11 de septiembre de 2001, un grupo de asesinos acabó con la vida de miles de personas buscando un efecto propagandístico y mortífero excepcional. Fue pura y simplemente una acción terrorista que no tiene nada que ver con la religión y, por lo tanto, habría que ser muy prudentes y cuidadosos en el análisis de los hechos porque, fácilmente, se cae en generalizaciones que sólo conducen a situaciones de tensión social y a la satanización de determinados colectivos ya sea por sus creencias religiosas, por sus tradiciones culturales o por el color de su piel. Es preciso recordar que la mayoría de los 1.300 millones de musulmanes que hay en el mundo, unos 7 millones en los Estados Unidos (y más de 700 desaparecidos entre las ruinas de las Torres Gemelas), rechazan las acciones del terrorismo internacional sea cual sea su supuesta adscripción ideológica o religiosa.

En Europa predomina una visión de los países musulmanes que hace de la dimensión religiosa la llave explicativa y el motor de estas sociedades. Se da así la razón a los grupos fundamentalistas del islamismo violento y a los regímenes teocráticos que pretenden construir la realidad política a partir de sus delirios religiosos y aplicando unos principios religiosos que no todo el mundo comparte y que, a menudo, son interpretados de formas distintas según los países y las comunidades (la *sharia* o ley islámica no es la única fuente de referencia jurídica en todos los países musulmanes, ni es interpretada y aplicada de la misma manera en los países que la toman como referencia). Para plantearlo en términos de rigurosa actualidad, una de las respuestas más contundentes a la utilización interesada del islam para justificar los atentados del 11-S la ha dado precisamente Nadia Yassin, portavoz del movimiento islamista moderado marroquí *Justicia y Virtud* e hija del líder islamista Abdessalam Yassin:



① Con otras palabras, lo ha apuntado acertadamente Gregorio Morán: entre el fundamentalismo islámico que asesina en Nueva York y fundamentalismos que se reclaman de otras adscripciones (religiosas, ideológicas o nacionalistas) no hay ninguna diferencia y el objetivo del terrorismo de masas siempre es el mismo, la «socialización del dolor» (Gregorio Morán, «Fríamente», *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 2001).

«Pregunta: ¿Qué sentimientos le inspiran los atentados del 11 de septiembre?»

Respuesta: Por un lado, una condena sin paliativos; por otro, la sensación de que Osama Bin Laden nos ha jugado una mala pasada. Para aquellos, como nosotros, que preconizamos la no violencia, para la gran mayoría de los 1.300 millones de musulmanes que hacen una lectura moderada del Corán, lo sucedido nos perjudica. Es un golpe duro porque algunos en Occidente intentarán hacer la amalgama entre nosotros y Bin Laden. Lo es también porque cada vez que un musulmán se atreve a criticar EE UU o a Occidente, se le señalará con el dedo como un aliado de Bin Laden.

Pregunta: Pero Bin Laden es musulmán, es piadoso, es...

Respuesta: Y Franco también pertenecía al mundo cristiano. Seamos serios, Bin Laden es el hijo extraviado de la versión saudí del islam. Ha traicionado a su fe. Y el wahabismo es beligerante, rígido, reductor, simplista, etc. Su lectura del Corán es miope. Se sitúa en el otro extremo de su interpretación universalista del mensaje del islam» ②.

② Ver entrevista en *El país*, 21 de octubre de 2001.

Y, sin embargo, incluso en círculos académicos, cultos, y en los medios de comunicación europeos y de los Estados Unidos, predomina una visión reduccionista del islam. Este reduccionismo se acompaña a menudo de otro: pensar el mundo islámico como un todo homogéneo y creer que, por el solo hecho de profesar una misma religión, los países, las sociedades y las comunidades musulmanas no presentan diferencias entre sí. De este doble apriorismo nace una incapacidad creciente para comprender lo que sucede en estos países y cuál ha sido su evolución.

Por el número de creyentes, el islam es hoy la segunda religión más importante del mundo y, sobre todo, la que conoce un crecimiento más importante y rápido, especialmente en las últimas décadas y en determinadas regiones de África y de Asia donde está desplazando o sustituyendo a las otras religiones. Los musulmanes representan una quinta parte de la población mundial que vive repartida en unos cincuenta países en donde el islam es la religión hegemónica o la más importante y en muchos otros países donde los musulmanes configuran una minoría religiosa importante como en la India (129 millones), en China (casi 20 millones) o en Estados Unidos, donde se ha convertido en la segunda comunidad religiosa en importancia gracias a su expansión entre la comunidad negra a partir del período de entreguerras del siglo pasado. De todo ello no puede –ni debe– deducirse una visión de conjunto de los países musulmanes. Todo lo contrario, a menudo su única similitud es la religión de sus habitantes –y todavía, como se ha señalado, la manera de entenderla está sometida a variantes, tendencias y diferencias jurídico-religiosas– y un difuso e inaprehensible sentimiento solidario que remite al concepto de *umma* (comunidad de los creyentes), muy extendido entre las clases populares, pero ausente e inerte entre las élites políticas dominantes.

Desde hace unos años, algunos autores pretenden demostrar la existencia de un gran movimiento político que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, se habría caracterizado por la afirmación de los valores políticos y culturales del islam y el rechazo de los valores occidentales. Este movimiento, que se denomina de manera genérica islamismo, ignorando, deliberadamente, la extraordinaria riqueza, diversidad y carga de renovación política que subyace bajo el amplio y variado abanico de los distintos movimientos y organizaciones islamistas, acabaría por alcanzar a todo el mundo musulmán, que se impregnaría así de un carácter cada vez más radical y violento de oposición a Occidente. Se llega de esta manera a una especie de amalgama que, jugando a la confusión, reduce la realidad de todos los países y las sociedades islámicas a un mismo común denominador, lo que ha sido altamente pernicioso con ocasión de los atentados del 11 de septiembre, porque ha permitido, con una cierta impunidad, llevar a cabo una criminalización colectiva del islam, que podía haber tenido importantes consecuencias negativas (de hecho en algunos lugares y momentos las tuvo) sobre el colectivo de inmigrantes en los países occidentales. Incluso

las emisiones de la cadena de televisión Al Jazira estuvieron bajo sospecha y su delegación en Kabul fue bombardeada la última noche de los ataques aéreos norteamericanos.

Como señala Gema Martín Muñoz, el juego de la confusión y la reducción del inmigrante musulmán a militante islamista se había iniciado mucho antes. Desde hace unos años, entre las opiniones públicas y las sociedades occidentales, «inclinadas por la herencia histórica transmitida y la educación recibida a asumir todo lo que venga de la variada geografía musulmana a través de una representación totalizadora y esencialista del islam, cundirá sin dificultad (...) la imagen de un Oriente bloqueado por la identidad religiosa, de un mundo musulmán fijado en la Edad Media, y del musulmán como sospechoso de integrista y militante de un complot internacional dirigido contra la identidad occidental. Así, por ejemplo, la transformación que ha experimentado la visión social de la figura del inmigrante árabe o turco en Europa durante la última década, pasándose de la imagen del trabajador, extranjero y en tránsito, a la del creyente musulmán trasplantado a Europa, será exclusivamente interpretada en clave de regresión religiosa y amenaza al laicismo. Con ello (...) se dificulta su aceptación como un proceso que no tiene por qué excluir una vivencia moderna de los emigrantes de su religión musulmana» ③.

En esta línea, el discurso más elaborado y que ha hecho más fortuna ha sido, sin duda, el de Samuel P. Huntington, que profetizó, si no se le ponía remedio, un choque de civilizaciones: China (y Japón) y el mundo islámico contra Occidente –Estados Unidos y la Unión Europea (y Rusia y la India). En su análisis, las civilizaciones quedan reducidas a su componente religioso fundamental, lo que resulta poco preciso y nada riguroso y, por lo tanto, insostenible.④ Para hacer creíble el conflicto hay que recurrir entonces al «fracaso generalizado de la democracia liberal, incapaz de arraigar en las sociedades musulmanas (...) durante toda una centuria a partir de finales del siglo XIX. Dicho fracaso tiene su fuente, al menos parcialmente, en la naturaleza de la cultura y la sociedad islámica, inhóspita para los conceptos liberales occidentales» ⑤. En otras palabras, para Huntington, «la cultura islámica explica en gran medida la incapacidad de la democracia para abrirse paso en buena parte del mundo musulmán» ⑥. En el fondo de esta afirmación late la premisa de una incompatibilidad entre islam y democracia y de una relación causa-efecto entre islam y conflicto que ha hecho suya una parte de la opinión pública occidental, que cree que la religión, el islam, impide la democratización de los países musulmanes, porque sus principios negarían las esencias mismas de la democracia. Al mismo tiempo, la proyección a escala mundial de los valores políticos occidentales (democracia, derechos humanos) provocaría, como reacción, la voluntad de ratificar los valores islámicos que la *yihad* (guerra santa) convertiría en una especie de obligación para todos los musulmanes. De esta incompatibilidad y de esta obligación surgiría, pues, el conflicto que sería poco menos que inevitable y consustancial a los países islámicos y a la voluntad de los musulmanes de convertir en *Dar al-Islam* (tierra del islam) todas aquellas zonas del mundo donde viven musulmanes. A pesar de su simplicidad y de su falta de consistencia, la tesis ha hecho fortuna y casi todo el mundo da por implícito el trasfondo religioso de cualquier conflicto que tenga como protagonista a uno o más países musulmanes. La religión, el islam, se convierte de esta manera en el *deus ex machina* para explicar (mejor, para no explicar) cualquier conflicto o proceso de cambio conflictivo ya sea en Bosnia, Argelia, Irán, Kosovo, Afganistán o el Próximo Oriente.

No hay duda de que del islam emana un profundo sentimiento de justicia que se interrelaciona con la política y que hay que reavivar el debate sobre la modernidad y la recuperación de un pensamiento árabe y musulmán capaz de reconciliar política y religión, que fue interrumpido, primero, por el colonialismo europeo; después, por la política de bloques; y, siempre, por la corrupción de las élites políticas que monopolizaron el poder desde las independencias. No obstante, el análisis riguroso

③ Gema Martín Muñoz, «Razones en contra de la confrontación Islam/Occidente», en María-Angels Roque (ed.), *Identidades y conflicto de valores. Diversidad y mutación social en el Mediterráneo*, Barcelona, Icaria, 1997: 332-333.

④ «Las civilizaciones se diferencian entre sí por la historia, la lengua, la cultura, la tradición, y, lo más importante de todo, la religión» (Samuel H. Huntington, «Xoc de civilitzacions?» en Marc Dueñas (ed.)-Equip CETC, *Xoc de civilitzacions. A l'entorn de S. P. Huntington i el debat sobre el nou escenari internacional*, Barcelona, Proa (Temes Contemporanis, 10, 1997: 60).

⑤ Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 1997: 136.

⑥ Id., 1997:30. Sin embargo, cuando se observa la diversidad de regímenes políticos, la falta de unidad y de trazos identitarios comunes en el mundo árabe-islámico que, como hemos apuntado, comprende países muy diversos y de tradiciones históricas muy distintas, y la desproporción militar, económica y tecnológica entre el islam y Occidente, resulta insostenible la predicción de un choque de civilizaciones con estos protagonistas. La afirmación resulta entonces poco verosímil e ideológicamente sospechosa.

roso de los conflictos que atraviesan el mundo musulmán demuestra que la religión es un pretexto que se utiliza a menudo para legitimar determinadas opciones políticas y pone al descubierto la complejidad de las causas estrictamente políticas, sociales, geoestratégicas, de hegemonía o heredadas de la guerra fría que se encuentran detrás de cada uno de los conflictos. Al mismo tiempo, también es cierto que, hoy por hoy, en el mundo musulmán parecen haber fracasado los modelos de desarrollo y de organización política de corte occidental (en su doble vertiente, neoliberal y de socialismo árabe) e islámico. Los procesos de transición política parecen atascarse (como en Marruecos y en Jordania) o ser incapaces de desembocar en el Estado de derecho y democrático y la oposición entre laicismo e islamismo parece insuperable. Se trata, sin duda, de una generalización abusiva que habría que matizar caso por caso y que algunas experiencias no avalarían en absoluto.^⑦

En resumen, hay que apostar, por lo tanto, por la renovación de las élites dirigentes que, en muchos casos, monopolizan el poder desde las independencias, lo que ha favorecido la corrupción, el nepotismo, la gerontocracia y, como dice Burhan Ghalion, hay que apostar por una amplia renovación política en los países islámicos, porque «el verdadero mal que aqueja a las sociedades musulmanas no procede del islam, sino de su política»^⑧.

Por otra parte, la necesaria estabilidad política en los países del sur del Mediterráneo –y en el mundo musulmán en general– precisa que, tal como se establecía en la Declaración de Barcelona, los países del norte apoyen los procesos de democratización que se están produciendo en los países del sur^⑨. Igualmente, hay que tomar conciencia de qué valores proyecta Occidente hacia el resto del mundo y de cómo es percibida la política exterior de los países occidentales en los países que la padecen. Las palabras del islamista Mohamed Al Hachmi Hamdi, editor del periódico en lengua árabe de Londres *Al-Mustaqilla* (El Independiente) son contundentes: «Cualquier observador objetivo admitirá que Occidente está aún muy implicado en los asuntos de los países musulmanes, y especialmente los árabes. Dicha implicación se plasma en ominosas alianzas con élites corruptas y aisladas del pueblo que no respetan ninguna forma de democracia, occidental o de cualquier otro tipo (...). Ahí es donde vemos la verdadera cara del secularismo en el mundo islámico: una nueva forma de sumisión a los mismos viejos poderes coloniales. Esos poderes pueden ser democráticos, pero su democracia es sólo para los occidentales y ello no implica ninguna deuda moral hacia las demás naciones»^⑩. Alguien se atreve a responder ¿qué sentido toma la defensa de los derechos humanos y del Estado de derecho y democrático cuando se consienten situaciones de vulneración clara de los mismos en el caso de los presos talibán y de Al Qaeda encarcelados en Guantánamo? Se han preguntado los dirigentes de los países occidentales ¿con qué credibilidad se podrá defender tras Guantánamo la necesidad de extender los derechos humanos y del Estado de derecho y democrático también a los países no occidentales? ¿Acaso no es Guantánamo un ejemplo evidente más del doble rasero con que los países occidentales tratan al resto del mundo y, especialmente, a los países musulmanes no aliados –e incluso a algunos de los aliados–?

Por último, después del 11 de septiembre del 2001, la estabilidad política precisa también de otras acciones que resumiré brevemente:

Hay que encontrar una solución justa y definitiva al conflicto de Palestina que pasa por garantizar la seguridad del Estado de Israel y por permitir la declaración de un Estado palestino con garantías de plena soberanía y competencias no disminuidas. Para el mundo árabe y musulmán, el conflicto de Palestina visualiza, de manera inequívoca y desde hace medio siglo, el doble rasero que hace servir Occidente para obligar a cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad. En apariencia la solución es sencilla; bastaría con hacer cumplir al gobierno de Tel Aviv la resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas del año 1967, que exige la retirada de Israel de los territorios ocupados (Gaza y Cisjordania)^⑪.

⑦ Ver el detallado análisis que para algunos Estados árabes hace Gema Martín Muñoz, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999. Ver también Antoni Segura, *El món arab actual*, Barcelona, Eumo Editorial/Universitat de Girona, 1997, *Aproximació al món islàmic. Des dels orígens fins als nostres dies*, Barcelona, Pòrtic (Àgora Biblioteca Oberta), 2000 y *Más allá del islam*, Madrid, Alianza, 2001.

⑧ Burhan Ghalion, *Islam y política. Las traiciones de la modernidad*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999: 247.

⑨ El texto en *Hacia un nuevo escenario de asociación euromediterránea. Fórum civil Euromed*, Barcelona, Institut Català de la Mediterrània, 1996:343-367.

⑩ El subrayado es mío. La cita está tomada de Gema Martín Muñoz, op. cit., Barcelona, 1997: 342, que es quien la reproduce.

⑪ No se me escapa que estamos ante uno de los conflictos más complejos y, en la práctica, de resolución más difícil (me he ocupado extensamente del mismo en Antoni Segura, op. cit., 2001: 231-328), pero, sin duda, la percepción del conflicto que predomina entre las poblaciones de los países árabes y musulmanes es la que se resume en el texto. Para una gran parte del mundo árabe y musulmán resulta incomprensible que no se aplique la fuerza o la presión internacional para obligar a Israel a cumplir una resolución tomada hace treinta y cinco años y, sin embargo, se utilicen todos los medios –incluidas las acciones militares– para hacer cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad a países árabes y musulmanes.

⑫ Obsérvese que durante la guerra fría Estados Unidos sólo había conseguido hacerse con el control directo o indirecto (países aliados) de regiones periféricas en el gran con-

tinente euroasiático, mientras la Unión Soviética mantenía una férrea presencia en la zona central del continente. En Eurasia vive alrededor del 75% de la población mundial y es el eje político del planeta. Por eso Brzezinski considera que el control de su zona central es la llave para la primacía global. Más discutible es que dicho control por parte de la única gran potencia sea «fundamental no sólo para el bienestar de los Estados Unidos sino para la paz mundial en general» (Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998: 39). De hecho, algunos dirigentes y analistas europeos empiezan a pensar todo lo contrario.

⑬ La forma en que el gobierno Bush ha respondido a los atentados del 11 de septiembre —bombardeos sobre Afganistán para acabar con el régimen talibán y con Al Qaeda— ha sido criticada por algunos sectores de la Iglesia católica que pedían una respuesta más ajustada a derecho y ética y moralmente más justa. El 7 de enero de 2002, Juan María Uriarte, obispo de San Sebastián, hacía público el texto «El difícil camino de la paz mundial» en el que recordaba el derecho y el deber de defenderse de aquellos que han padecido una agresión tan brutal como la del 11-S, pero, citando palabras de Juan Pablo II, recordaba que la respuesta «debe atenerse a reglas morales y jurídicas tanto en la elección de los objetivos como en la de los medios. La identificación de los culpables ha de ser probada debidamente (...) La culpabilidad no puede extenderse a las naciones, etnias o religiones a las que pertenecen los terroristas». Y añadía todavía: «hiere nuestra sensibilidad moral el ataque aéreo persistente a una población pobre y sufrida, ya machacada por guerras recientes y regímenes opresores. Las víctimas civiles podrían rondar los 4.000 (el mismo número, recuerda el obispo, que el de víctimas de los atentados del 11-S). Al parecer, otros países pueden padecer próximamente castigos semejantes. A muchos ciudadanos nos cuesta creer que sea moralmente justificable el recurso a esos medios».

Hay que revisar y rechazar las alianzas perversas (un último vestigio de la guerra fría) con regímenes totalitarios, corruptos o teocráticos que comportan beneficios a corto plazo pero que generen inseguridad futura. En otras palabras, hay que dotar de un sentido ético al sistema de relaciones internacionales y evitar acciones que, por intereses geoestratégicos o económicos (como, por ejemplo, controlar los yacimientos y la salida de los hidrocarburos del Asia central), puedan contribuir a desestabilizar regiones enteras del mundo. En este sentido, hay que ser conscientes de que los intereses y la visión de las relaciones internacionales de la Unión Europea, en la medida que ésta sea capaz de dotarse de una política exterior propia y autónoma, y de los Estados Unidos pueden diferir —e incluso llegar a ser contrapuestos— en un futuro inmediato. Así, por poner un ejemplo de actualidad, la crisis de Afganistán ha desembocado en un hecho totalmente nuevo e inédito, aunque poco subrayado: por primera vez Estados Unidos dispone de presencia militar permanente y significativa en el Asia central, es decir, en lo que el exconsejero para la seguridad nacional de la presidencia de los Estados Unidos entre 1977 y 1981, Zbigniew Brzezinski, considera el eje geoestratégico del mundo cuyo control permitiría a Estados Unidos (la única gran potencia que ha sobrevivido al sistema de bloques) consolidar y reforzar su supremacía mundial ⑭. La presencia norteamericana rompe, sin embargo, una delicada combinación de equilibrios regionales y amenaza directamente las pretensiones de influencia en la zona de países como Rusia —que heredaría así la anterior influencia soviética—, Irán, etc. La primacía mundial de una gran potencia no garantiza, sin embargo, la estabilidad y la ausencia de conflicto, sino que, por el contrario, en el mundo global, dicha supremacía puede desatar y alimentar conflictos asimétricos de incierta resolución: la crisis reciente (atentados del 11-S e intervención militar en Afganistán) y la más que probable supervivencia de Al Qaeda serían el paradigma de la nueva situación.

Hay que implicarse y adoptar las políticas necesarias para disminuir las situaciones de pobreza y de desequilibrios mundiales y de los países mediterráneos no europeos en particular.

Hay que impulsar el debate sobre el recambio de élites y la modernización política en el mundo islámico, asumiendo que las vías a la modernidad pueden ser distintas y plurales y que no necesariamente ni siempre suponen el rechazo de los valores culturales y religiosos propios de los pueblos implicados en el proceso. En este debate puede jugar un papel decisivo el islam europeo, porque sus aportaciones se producen en un sistema de libertades que es fruto del Estado de derecho y democrático. Para contribuir al debate hay, pues, que revisar las leyes de extranjería según el principio de igualdad de derechos, igualdad de deberes. Hay, por lo tanto, que dotar a los inmigrantes de los derechos de ciudadanía y hacerlos ciudadanos de primera.

Hay que saber dar una respuesta proporcionada y justa a los embates del terrorismo internacional, evitando los denominados «daños colaterales» y sin hacer recaer en víctimas inocentes el peso de la venganza ⑮. Hay que hacer justicia y descartar la venganza, respetando y aplicando siempre los Acuerdos de Ginebra y los protocolos de 1977 a los prisioneros de guerra: Guantánamo no es precisamente el camino a seguir.

Hay que rechazar y denunciar las teorías poco fundamentadas que pretenden un inminente choque de civilizaciones o que alimentan el falso debate entre libertad y seguridad. No es cierto que para garantizar la seguridad haya que reducir las libertades. Por el contrario, las sociedades democráticas son más fuertes en la medida que profundizan y expanden el sistema de libertades y se debilitan en la medida que restringen las libertades. En definitiva, la apuesta por la libertad, y por una mejor distribución de la riqueza, una reducción de los desequilibrios entre el norte y el sur y un sistema de relaciones internacionales más justo, solidario y equitativo, no podrá garantizar de manera absoluta la seguridad a corto plazo, pero, sin duda alguna, contribuirá a mejorarla en el futuro.